



**CEM**  
Conferencia del Episcopado Mexicano



Dimensión  
Episcopal  
del Clero



## **Elementos para el discernimiento pastoral de los sacerdotes en medio de la actual pandemia: realidad, tendencias y aspectos pastorales ante el reto de la nueva evangelización**

*Semana de Formación Permanente  
Conferencia del Episcopado Mexicano  
3 de septiembre de 2020*

Estimados hermanos Obispos y Sacerdotes,

Me complace iniciar mi intervención en esta semana de *Formación permanente* con una escena bíblica, pues nunca debemos olvidar que toda nuestra acción pastoral necesita encontrar su fundamento en la *Palabra de Dios*. Es esta Palabra la que nos permite ser portadores de esperanza en el mundo, pues incluso en las mayores dificultades puede devolver la confianza y ayudarnos a mirar el futuro con mayor serenidad. Se trata de un episodio que podría considerarse marginal en el conjunto del Evangelio, sin embargo, posee su propio valor y significado. Este pasaje se encuentra al principio del Evangelio de Marcos y relata cuando Jesús, después de haber llamado a los cuatro primeros discípulos, va a la sinagoga de Cafarnaúm en día sábado y enseña. Allí, también, estaba presente un endemoniado que atacó a Jesús, diciéndole: «¿Qué quieres de nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: ¡el santo de Dios!». Y Jesús le ordenó severamente: «¡Cállate! ¡Sal de él!» (Mc 1, 24-25). Como puede verse, la reacción de Jesús es simple, pero sus palabras están cargadas de autoridad, tanto que los presentes empiezan a preguntarse no quién es este hombre, sino cuál es la naturaleza de su enseñanza: «Todos estaban tan asustados que se preguntaron: “¿Qué es esto? Una

enseñanza nueva, expuesta con autoridad”» (Mc 1, 27). En ese momento sucedió algo interesante: «Inmediatamente, después de salir de la sinagoga, fueron a la casa de Simón y Andrés, en compañía de Santiago y Juan. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, al instante le hablaron de ella. Él se acercó y la hizo levantarse tomándola de la mano; la fiebre la dejó y ella les sirvió» (Mc 1, 29-31). Una escena simple pero familiar. Una mujer está en cama con fiebre. Jesús se acerca, la toma de la mano y la hace ponerse de pie. Él la cura.

Es un relato de verdad interesante. Si lo comparamos con la pandemia que estamos viviendo, nos damos cuenta de que el comportamiento de Jesús es lo contrario de cuanto nos han obligado a realizar en estos meses. El mundo entero se ve forzado a encerrarse en casa, a no acercarse uno al otro (se inventó la expresión “distancia social”), a ponerse una mascarilla para protegerse a sí mismo y a los demás... en resumen, todo aquello que conocemos y que ha cambiado nuestro modo de vivir. No quiero decir que debemos desobedecer las leyes que se han promulgado en estos meses... No soy anarquista a tal punto... Sólo quiero decir que en la enfermedad Jesús enseña a sus discípulos algo diferente de lo que pensamos humanamente. Jesús se acerca, toca, ayuda a levantarse... todos son gestos que inciden en nuestra pastoral cuando debemos atender a las personas enfermas. No podemos mirar hacia otro lado como si estas personas no fueran importantes. Jesús nos muestra el camino: *cercanía* y *ayuda* a través de gestos simples pero decisivos para devolver la vida al ser humano.

Reflexionemos sobre esta situación de pandemia buscando comprender qué consecuencias tiene para nuestra pastoral. Quisiera considerar con ustedes dos aspectos en particular: el primero, es mi intención presentar algunas provocaciones a nivel de evangelización y atención pastoral; el segundo, aquello que podemos hacer evidente e implementar pastoralmente por medio de iniciativas que cada uno puede crear en su propio ambiente como consecuencia de la pandemia.

## *La evangelización en la cultura*

La pandemia por la que estamos atravesando es una señal de que nuestro mundo parece ser cada vez más pequeño. El fenómeno de la globalización no sólo se extiende al ámbito de la comunicación, sino que también impone las reglas del mercado, de las finanzas y ahora de la salud. Si pensamos que en nuestra parroquia podemos hacer todo lo que queremos porque se mantiene dentro de los pequeños límites que habíamos establecido, estamos equivocados. El mundo está presente en mi parroquia y mi parroquia es un pequeño mundo en el que se refleja la vida del mundo entero.

Uno de los rasgos peculiares del cristianismo es la concepción de estar profundamente insertado en la historia. La Iglesia no puede ser eficaz en su obra evangelizadora si olvida dos aspectos que la califican: cómo entrar en la cultura y cómo crear historia. Los dos polos no están separados. Para permanecer ligados a la historia de nuestro tiempo, es necesario que miremos los fenómenos que obligan a la Iglesia a repensar su obra evangelizadora. Así como en el pasado se insertó en el contexto cultural primero de Grecia y luego de Roma; así como fue capaz de alcanzar las culturas más lejanas en la época de la gran historia misionera (México, África, Japón y China), así hoy la Iglesia reflexiona sobre cómo *inculturar* el Evangelio, por ejemplo, en la Amazonia. Pensar la evangelización, mirando hacia otro lado, como si la exigencia de la inculturación no existiese, no es un camino a recorrer. El arrojo por la evangelización empuja inexorablemente a descubrir nuevos caminos y a seguirlos bajo la acción del Espíritu, que no puede ser limitado por cálculos puramente humanos.

Vivimos un tiempo de grandes desafíos, que afectan los comportamientos de generaciones enteras, debido al hecho de la conclusión de una época y el ingreso en una nueva fase para la historia de la humanidad. A tantos elementos positivos resultantes del progreso de la ciencia y la técnica y del compromiso cada vez más consciente de tantas

personas en la vida de fe, no es raro encontrarnos con formas de discriminación y marginación social de las que no teníamos experiencia hasta hace unos pocos decenios, así como con expresiones de un desapego de la fe, consecuencia de una forma generalizada de indiferencia religiosa, preludio de un ateísmo de hecho. En cierto modo, en el pasado era más fácil transmitir el Evangelio. Nuestras familias vivían en un contexto social, donde la comunicación de valores estaba firmemente arraigada en un sólido estilo de vida que permitía la recepción de un único mensaje en los diferentes contextos de la formación: familia, escuela y comunidad cristiana vivían una impresionante circularidad que permitía la transmisión de contenidos como una voz al unísono. El contexto de fragmentación actual, por el contrario, unido a la pluralidad de posiciones y sobre todo a la diversificación de los lenguajes requiere una mayor atención y esfuerzo.

Cuando abordo el tema de la *nueva cultura* que está presente delante de nosotros, siempre veo rostros escépticos que a menudo se convierten en una forma de paciencia hacia el pobre teólogo que se esfuerza por hacer comprender lo mucho que tendremos que enfrentar en los próximos años. No busco la compasión, aunque sea importante porque es una forma de misericordia, sólo quiero la promesa de que se podrá reflexionar sobre lo que voy a decir.

En este contexto, no se puede ocultar la diversidad generacional que exige encontrar instrumentos que hagan la transmisión de la fe dinámica y eficaz. En efecto, el riesgo de ser incapaces para sintonizar con las generaciones jóvenes es grave y problemático. El gran desafío que hoy toca a la Iglesia es la *cultura digital*. Ésta, encuentra su espacio a nivel global y se impone cada vez más modificando nuestros lenguajes y comportamientos. También esta expresión impone una forma de inculturación del Evangelio, como se hizo en el pasado con las diversas culturas que encontramos. Es inútil pensar en buscar pretextos para permanecer encerrados en nuestras comunidades.

La ciencia y la técnica introducen cada vez más en horizontes que hasta ayer parecían imposibles de alcanzar. Sin embargo, cuanto más nos adentramos en la apropiación del cosmos, más apremiante se vuelve la pregunta sobre el *sentido* del hombre y del mundo. A un hombre cada vez más sometido al predominio de la tecnología que en varios niveles determina, se quiera o no, las fases fundamentales de la vida, la referencia a la ciencia y a la tecnología se convierte en inmediata y casi instintiva. La “máquina” asume cada vez más poder hasta establecer, incluso por vía legislativa, cuándo se está en presencia de la vida y de la muerte, cuándo se puede fecundar una célula y cuándo se pueden extraer los órganos. En todo este horizonte, el misterio de la existencia personal parece desvanecerse ante el poder de la técnica, hasta el punto de que el entusiasmo por la belleza de las emociones parece desaparecer y el hombre se encuentra dominado por objetos que ahora se han convertido en una prótesis irremplazable.

Sin embargo, la pregunta sobre el *sentido* de la vida permanece inalterada, sin posibilidad de eliminarla excepto por el espacio de unos pocos momentos. Las preguntas siguen siendo las mismas: “¿quién soy en este mundo?”, “¿a dónde voy y hacia qué objetivo?”, “¿existe todavía la posibilidad de amar y ser amado para siempre?”, “¿existe una vida después de la muerte?”; hoy, en virtud de la máquina, oímos cada vez más la pregunta: “¿por qué no me dejas morir?”. La preocupación por el uso y la influencia de la técnica sobre la propia vida sólo puede aumentar la demanda de *sentido* y de *misterio* que envuelve a cada existencia personal. Todo esto nos impulsa a afirmar con mayor convicción que el hombre del vigésimo primer siglo, aunque sea un racionalista impenitente, especialmente en la cultura tecnificada, siente la necesidad del *misterio* y de lo *inefable*; lo percibe con lucidez; a veces lo desea porque no lo encuentra y reconoce tener un vínculo con él que nada ni nadie jamás podrá romper.

La supremacía de la *tecnocracia* puede redimensionarse si colocamos con fuerza la presencia del *misterio* que plantea interrogantes a los que la técnica y la ciencia no pueden responder. En cierto modo, precisamente frente a los dramas que la humanidad

experimenta ante el poder de la creación, la técnica muestra su impotencia, su debilidad y sus propios límites. Sólo pensemos en cuanto está sucediendo en estos meses: desde China, que parece tan lejana y distante para todos nosotros, llega a nuestras casas un virus del que nadie sabe nada. Por un lado, la ciencia realiza progresos y la técnica crea condiciones para mejorar la vida; por otro lado, se muestra de manera aún más dramática la debilidad que es compañera de vida de la existencia humana y que no exime a nadie del límite y la contradicción.

*Internet* representa una oportunidad para el diálogo, el encuentro y el intercambio entre las personas, así como para el acceso a la información y el conocimiento. En la actualidad, muchos afirman que lo *digital* es una forma directa de ciudadanía activa, que facilita la información independiente y muestra a menudo las violaciones a los derechos humanos. Entre otras cosas, se encuentra la extensión de las capacidades cognitivas personales. La tecnología digital, como se puede ver todos los días, ayuda a la memoria, permite el almacenamiento y la consulta de datos en tiempos impresionantes y ciertamente ayuda a la vida social y personal. Estamos participando en una verdadera transformación antropológica. Los *nativos digitales*, es decir, las personas nacidas y criadas con estas tecnologías, ahora las consideran un hecho natural, privilegian la imagen en lugar de la escucha con la consecuencia de una evidente reducción de su desarrollo crítico. El consumo de contenidos digitales no es sólo cuantitativo sino cualitativo porque produce un nuevo lenguaje, una nueva forma de organizar el pensamiento y, obviamente, comportamientos consecuentes. Todo esto hace evidente la diferencia con muchos de nosotros, los *inmigrantes digitales*, que seguimos siendo sólo usuarios y los consideramos, de hecho, sólo instrumentos.

¡No todo lo que brilla es oro! El Sínodo sobre los jóvenes, mostró con *parresía* los límites de esta cultura sobre todo con respecto a los mismos jóvenes, primeros usuarios de lo digital: «el ambiente digital también es un territorio de soledad, manipulación, explotación y violencia, hasta llegar el caso extremo del *dark web*. Los medios de

comunicación digitales pueden exponer al riesgo de dependencia, de aislamiento y de progresiva pérdida de contacto con la realidad concreta, obstaculizando el desarrollo de relaciones interpersonales auténticas. Nuevas formas de violencia se difunden a través de los *social media*, por ejemplo, el *ciberacoso*; la *web* también es un canal de difusión de la pornografía y de explotación de las personas para fines sexuales o mediante el juego de azar». Fuertes intereses económicos también operan en el mundo digital y son capaces de «realizar formas de control tan sutiles como invasivas, creando mecanismos de manipulación de las conciencias y del proceso democrático» (CV 88-89).

La *cultura digital* también se presenta como portadora de creencias que tienen características religiosas. La penetración de los contenidos digitales, la difusión de máquinas que trabajan de forma autónoma con algoritmos y programas informáticos cada vez más sofisticados nos impulsan a percibir el universo como un flujo de datos y a comprender la vida en el horizonte de los algoritmos bioquímicos. Se está frente a una modalidad inédita que cambia las coordenadas de referencia con respecto al reconocimiento de a quién darle confianza y autoridad. La forma en que se pide a un motor de búsqueda, a los algoritmos de una inteligencia artificial o a una computadora algunas respuestas sobre cuestiones relativas a la vida privada, revela que uno se relaciona con la máquina y su respuesta con una actitud fideísta.

Para la Iglesia, que se abre a una nueva fase de la evangelización, todo esto constituye un desafío que no debe perder. La verdadera pregunta que debemos hacernos ante esta nueva cultura no es *cómo utilizar* las nuevas tecnologías para evangelizar, sino *cómo convertirnos* en una presencia evangelizadora en el continente digital. Por ejemplo, cómo podemos ayudar a decodificar los millones de datos que se reciben diariamente y cómo podemos apoyar la búsqueda de la verdad con vistas a una respuesta coherente a la pregunta sobre el sentido de la vida. Es urgente conocer el poder del medio y utilizar todas sus potencialidades y aspectos positivos, pero la conciencia de que la evangelización no se realiza sólo usando instrumentos digitales no puede venir a menos. La evangelización

está llamada a ofrecer espacios de experiencias de fe, donde el encuentro interpersonal resulte ser la carta de triunfo. De lo contrario, estaremos ante una virtualización de la evangelización que se aproxima a otros mundos virtuales experimentados, con el riesgo real, sin embargo, de ser una evangelización débil e ineficaz.

### *La pastoral en tiempos de Covid*

1. El covid-19 mostró claramente la *debilidad* del hombre de hoy. No olvidemos que nuestro contemporáneo se siente un hombre fuerte, que puede hacer todo. Puede viajar de un lado a otro del planeta. Puede caminar sobre la luna y sobre Marte... la sensación de omnipotencia le envuelve incluso sin que se dé cuenta. Es un hombre que tiene más fe en la ciencia que en Dios. Está imbuido de certezas que no son tales, porque provienen de teorías que pueden ser fácilmente modificadas. La ciencia es importante y decisiva en la vida de las personas. Es innegable que la ciencia permite el progreso y la técnica sostiene la vida de las personas de una manera diferente, haciéndola más fácil. Frente a lo inesperado de un virus desconocido, incluso la ciencia médica mostró lo que ella misma afirma saber: no tener certezas y seguir adelante por medio de ensayos... ¡No olvidemos, entre otras cosas, que hoy en día todas las decisiones tomadas por los Comités médicos internacionales y nacionales, las cuales afectan nuestra vida personal, comunitaria y pastoral, giran en torno a un algoritmo! Se piensa en cerrar vuelos y aeropuertos, en cerrar las iglesias, en determinar el número de personas que pueden participar en la Eucaristía, en celebrar los sacramentos o no... en resumen, ¡todo está determinado por un algoritmo! Sintetizando: el hombre descubre que es débil y experimenta que su vida está en peligro, ¡tiene miedo! ¿Pastoralmente, cómo puedo hacer de estos sentimientos un instrumento para ayudar a la gente a percibir la belleza del *misterio* de la vida, el cual posee un encanto que va más allá de su límite? ¿Cómo superar el temor en vista de la salvación que Cristo obró a través de su muerte? Pensemos en hacer sentir a nuestros fieles la cercanía de Jesús en cada ocasión de nuestras vidas. Jesús también tuvo miedo. Es suficiente ir al relato de la Pasión para comprobar la humanidad



del Hijo de Dios. «Fueron a un huerto, llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: “Siéntense aquí, mientras yo hago oración”. Tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Les dijo entonces: “Mi alma está triste hasta el punto de morir; quédense aquí y velen”. Él se adelantó un poco, cayó en tierra y suplicaba que de ser posible pasara de él aquella hora. Decía: “¡Abbá, Padre! Todo es posible para ti; aparta de mí este cáliz, pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú”» (Mc 14, 32-36).

¡Cómo transformar el miedo! Es en estos casos que estamos llamados a fortalecer la fe a través de un camino que no se aleja de los acontecimientos de la vida, incluso los más tristes, sino que los enfrenta y les da un significado.

2. El covid-19 ha permitido experimentar la *solidaridad*. Esta es una dimensión importante. Somos débiles, pero en estas circunstancias no nos encerramos en nosotros mismos, sino que nos abrimos al otro. Cuántas veces ha denunciado el Papa Francisco la falta de solidaridad entre las personas como resultado de los egoísmos personales y sociales. En estos meses, por el contrario, hemos experimentado que tenemos necesidad los unos de los otros. El mundo de la ciencia ha redescubierto que debe trabajar en conjunto y que sólo unidos e intercambiando las investigaciones se puede obtener un resultado. Pienso en tantos ejemplos de nuestras comunidades parroquiales que han multiplicado sus esfuerzos para hacer llegar a todos la ayuda necesaria. ¿Cómo podemos sostener este camino de solidaridad para que no se pierda una vez pasada la pandemia? La solidaridad humana junto con la justicia para nosotros los creyentes son la base de la caridad. Nuestro testimonio es una expresión de la credibilidad de la fe que no puede dejarse sólo a unos momentos ni delegarse a unas pocas personas. Toda la comunidad es testigo de la solidaridad y la caridad (cf. *1 Cor 16, 1-2*).

3. El Covid-19 permitió redescubrir la vida de relación y por lo tanto de *comunidad*. En un período en el que el individualismo reina en Occidente, el virus permitió redescubrir la exigencia de la comunidad y de las relaciones que tan a menudo

no pensamos o nos parecen obvias. La comunidad y las relaciones interpersonales son elementos constitutivos de nuestra pastoral. Aquí se comprende la urgencia de transmitir la fe. La primera comunidad cristiana trae consigo los rasgos característicos que debemos redescubrir. El relato de *Hechos de los Apóstoles* no puede ser sólo un recuerdo lejano e impracticable para nosotros hoy en día. Es precisamente lo contrario. ¿Cómo podemos, en un momento de debilidad, destacar el papel de la comunidad que sabe acoger y que no excluye a nadie?

4. El covid-19 recuperó el sentido de la *oración*. Las personas han vuelto a rezar en sus casas. La misa era seguida en *streaming*, incluso el triduo Pascual en muchas naciones se celebró sólo en los hogares. Algunas Conferencias Episcopales crearon oraciones para recitarlas mientras se está en casa con la familia... en síntesis, contamos con infinidad de testimonios de oración que han alimentado nuestra vida de fe y de comunidad a pesar de la pandemia. Recuperar en la pastoral el sentido de la oración sencilla que se puede fomentar en nuestros hogares es una importante labor de nueva evangelización. Pensemos en la sencillez de la oración antes de las comidas o en bendecir a los propios hijos como expresiones del sacerdocio común... La oración no es un apoyo para los momentos de debilidad, sino el sostén de la vida diaria. Quisiera recordarles una expresión de Benedicto XVI que siempre me ha llamado la atención: «Lo que necesitamos sobre todo en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan creíble a Dios en este mundo... Necesitamos hombres que mantengan la mirada fija en Dios, aprendiendo de allí la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto esté iluminado por la luz de Dios y a los que Dios abra el corazón, de modo que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir los corazones de los demás. Sólo a través de hombres tocados por Dios, puede Dios volver a los hombres» (*Europa en las crisis de las culturas*, Subiaco, 1 de abril de 2005). Nosotros, sacerdotes, tenemos que realizar esta importante tarea y no podemos delegarla a ningún otro.

5. El covid-19 nos dio a los sacerdotes la oportunidad de ser *creativos* y encontrar nuevas formas de pastoral. No es sólo la celebración de la misa en *streaming*, sino también las muchas formas de catequesis, coloquios. Alguno también me escribió preguntando si se podía aceptar la confesión por Internet o por teléfono... Sabemos que es necesario mantener el signo de la confidencialidad y del secreto al máximo, especialmente en este momento en que en algunos Países incluso se quiere abolir el secreto de confesión por ley. Lo que quiero resaltar, en todo caso, es nuestra capacidad de encontrar formas que sean expresiones *inteligentes* de la fe y no extravagancias que no la comuniquen porque están privadas de significado. Tengo presente un sacerdote que, no pudiendo realizar el lavatorio de pies el Jueves Santo durante la misa en *Coena Domini*, dio rienda suelta a su fantasía lavando los pies a muñecos... Si no se puede celebrar un recuerdo del Señor, es mejor abstenerse que caer en el ridículo. La fantasía no siempre corresponde a la creatividad pastoral, si está privada de la relación con las personas se convierte sólo en protagonismo.

En definitiva, creo que estamos llamados, aún más, en este período a poner en marcha una pastoral a la luz del *encuentro*, como nos ha indicado varias veces el Papa Francisco. «La Iglesia “en salida” es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan... La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva» (EG 24). «El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura» (EG 88).

El encuentro es la capacidad de mirarse, de comunicarse, de escuchar, de acoger... cuántas dimensiones se pueden desarrollar en esta pastoral que pone en primer lugar a la persona y la relación interpersonal. No olvidemos que, desde el principio de nuestra historia, la fe se transmitió porque dos personas se encontraron y así comunicaron la belleza de haber encontrado a Cristo. En el tiempo del Internet, nosotros sacerdotes no podemos vivir en la “cultura de la *selfie*” que remite todo a nosotros mismos y al individualismo, al contrario, debemos vivir en la “cultura del encuentro con el otro” a través de la escucha y el respeto, porque allí se descubre la dimensión de la complementariedad.

Una pastoral que permite evangelizar más allá de la dimensión sacramental. Tal vez hemos descubierto que la dimensión sacramental no es la única preocupación pastoral que debemos tener. Por supuesto, la vida litúrgica es fundamental, pero sólo si vive en el equilibrio de la fe. La fe, por su propia naturaleza, se manifiesta en cuatro grandes expresiones: la profesión de la fe, la celebración litúrgica, el testimonio de la caridad y la oración. Estas expresiones deben permanecer en un fuerte equilibrio y nunca una puede ir en detrimento de la otra...

#### *Para concluir*

“La naturaleza no hace nada en vano”. Este principio aristotélico permite tratar el problema del límite impreso en cada uno de nosotros con la debida racionalidad. Esto se refleja en los rasgos que la experiencia cotidiana exige afrontar y muestra sus innumerables rostros en las más diversas situaciones. Uno de estos rostros es ciertamente el de la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. La vida no es un flujo uniforme; basta con mirar nuestra cara para ver cómo en unos pocos centímetros cuadrados toda nuestra historia está escrita en ella. «El hombre – escribió R. Guardini – se caracteriza de una

manera siempre nueva. Sus condiciones psicofísicas cambian constantemente: es muy diversa la imagen que el hombre ofrece de sí mismo cuando trabaja, o cuando descansa; cuando lucha, o cuando disfruta tranquilamente de lo que posee. En cada nueva caracterización del hombre, aparecen nuevos aspectos de su naturaleza. Los diferentes estados de salud, de condición profesional o social pueden penetrar en lo más profundo del ánimo. Las diferencias que se crean son a veces tan grandes que parecen cuestionar la identidad de la persona... sin embargo, siempre se trata del mismo hombre. La diversidad de las situaciones no anula la unidad: al contrario, precisamente la unidad misma se afirma en la diversidad»<sup>1</sup>.

Dios pensó bien en escribir el libro de la vida dentro de algunas etapas que fluyen inexorablemente para todos. Depende de nosotros saber captar el significado de esta historia y vivirla con tal libertad que nunca podamos sufrir cuanto estamos viviendo. Estamos llamados, de hecho, a dar sentido para expresar plenamente la personal y dinámica participación en el flujo de los acontecimientos. Por paradójico que parezca, el sufrimiento y el amor son compañeros de vida. Quien ama sabe aceptar el sufrimiento y le da una respuesta llena de sentido. Quien sufre sin amar vivirá en el rencor y en el rechazo sin llegar a una visión serena de la existencia. Cuando una cultura ya no es capaz de dar una respuesta al dolor, la enfermedad y la muerte, entonces está condenada al ocaso, porque ya no es capaz de dar razones para vivir de manera digna. En un período de crisis en el que la experiencia del límite se hace más fuerte, no puede ser ésta la que genere esperanza. Debemos ser testigos de la esperanza. La evangelización se puede realizar con el lenguaje de la esperanza.

¿En qué consiste la esperanza cristiana? En una frase, tan simple como significativa, el Apóstol Pablo dice: «Cristo en ustedes, esperanza de la gloria» (Col 1, 27; 1 Tim 1, 1: «Cristo Jesús, esperanza nuestra»). La presencia de Cristo en la vida de

---

<sup>1</sup> R. Guardini, *Le età della vita*, Milan, 1986, 11.

cada creyente – para Pablo el creyente y la Iglesia son a menudo utilizados indistintamente – es el misterio pleno y total que Dios ha querido revelar y es la fuente y el objeto de la esperanza. En otras palabras, el origen de la esperanza cristiana se encuentra en un acto pleno y total, si bien es gratuito, del amor de Dios; en esto consiste la llamada a la salvación a través de la participación en su misma vida.

La esperanza, por lo tanto, en la perspectiva cristiana no nace del hombre. Esta no se entiende primariamente como un deseo que se abre al futuro, fruto de la conciencia que tiende a ir siempre más allá de sí misma en espera de su cumplimiento; por el contrario, se entiende como una llamada gratuita que parte de la revelación de Dios. Es aquí donde se percibe la novedad de nuestra percepción y se discierne sobre cualquier otra forma de esperanza que pertenece a la humanidad como su esfuerzo peculiar para dirigirse hacia el futuro. Todos pueden esperar, pero es el contenido de la esperanza lo que califica el acto y lo hace comprender de forma diferente al sentimiento o a la utopía. La esperanza, en definitiva, no es fruto de lo efímero ni de lo pasajero, más bien, hace referencia a la estabilidad y a la continuidad. No es coincidencia que el término hebreo, para expresarla, recuerde la imagen de una "cuerda floja" (*tiqwah*). Quien espera tiende hacia su cumplimiento, está entregado por completo al objetivo a alcanzar y no permite que nada ni nadie le distraiga de esta tarea.

No es casualidad que Pablo hable de «tres cosas que permanecen: la fe, la esperanza y la caridad» (1 Cor 13, 13). Ahora, tenemos necesidad de la esperanza, precisamente en esta existencia, porque desde aquí participamos de los bienes que poseeremos y contemplaremos. Por lo tanto, ninguna fuga ni evasión para asumir la responsabilidad en la historia actual. La esperanza es aquí y ahora que actúa, aquí y ahora exige ser vivida; en la vida de cada día, de hecho, se convierte en un signo e instrumento de liberación. En este contexto, me vienen a la mente las palabras de Pablo al final de la Carta a los Romanos: «El Dios de la esperanza les llene de todo gozo y paz en la fe, para que abunden en la esperanza por la virtud del Espíritu Santo» (15, 13). Este pasaje paulino

es significativo porque parece calificar el nombre de Dios como el “Dios de la esperanza”. El Dios que se dio a conocer plenamente en Jesús es el Dios que trae la esperanza. ¿No es esto un serio indicio para definir también a cada creyente, pero sobre todo a un sacerdote como “hombre de la esperanza”?

✠ Rino Fisichella

---

SECRETARÍA EJECUTIVA

clerozem@gmail.com